tenga de los enemigos, de mis operaciones ó combinaciones y demás que considere conveniente, ínterin me reuna ó comunique con el escmo. ciudadano general en gefe, de quien hasta ahora no he vuelto á tener noticia, y creo que debe estar sobre Tampico el Alto; ofreciendo á V. E. que daré cumplimiento á todo cuanto se ha servido prevenirme.

Dios y libertad. Campo á tres y media leguas de Altamira, 18 de agosto de 1829.—A las siete de la noche.—*Felipe de la Garza.*—Escmo. sr. secretario de guerra y marina.

ATAQUE Á TAMPICO.

Ejército de Operaciones.—Escmo. sr.—Como manifesté á V. E. en mi oficio anterior, quedaba organizando las fuerzas con que pude llegar á este cuartel general despues de una marcha tan dificultosa como penible para obrar contra el enemigo tan luego como tuviera oportunidad.

La misma noche recibí confirmada la notiticia de que éste habia hecho movimiento con fuerzas considerables sobre Altamira, y desde luego dispuse sorprender su cuartel general para apoderarme de él obrando en combinación con el sr. Garza, á fin de que de un golpe concluyesen igualmente las fuerzas que á las órdenes del general Barradas habian ocupado la villa referida.

Efectivamente, con el mayor silencio empecé á embarcar mi tropa la noche del 20 como las diez de la noche en pequeñas canoas, y ya que la parte de ellas estaba en el lado de Tamaulipas á solo la distancia de tiro de fusil del campo español, un miliciano cívico á quien era nueva empresa tan árdua, disparó un tiro que fue inmediatamente contestado por sus compañeros, y con este tiroteo se frustró uno de los ardides mejor combinados. En tales circunstancias fué necesario seguir adelante, y á la una y media de la noche entré en Tampico de Tamaulipas con tres columnas en que di-

vidí mi fuerza, arrollando la que se me presentaba, y sosteniendo un fuego vivísimo que me hacia el enemigo, á quien en pocos momentos reduje á los puntos fortificados de la playa, protegidos por una cañonera que tienen en el rio, disputándome antes el terreno palmo á palmo.

Nuestras fuerzas avanzaron hasta media cuadra de distancia de la española, que constando de 600 veteranos se defendia tenazmente. La mia de igual clase no escedia de 400 hombres. 200 de que se compone el batallon tercero: 130 de las compañias de preferencia de los batallones segundo y noveno: unos cuarenta artilleros: los escuadrones de Jalapa, Orizaba y Veracruz, con fuerzas muy pequeñas y algunos cívicos de estos pueblos, de quienes tuve que echar mano, porque no habia otra cosa.

El ataque duró hasta los tres cuartos para las dos de la tarde del 21, hora en que los españoles enarbolaron bandera blanca pidiendo parlamento, que les concedí, y ofrecieron capitular y rendir sus armas.

Inmediatamente nos ocupamos de ella: mas cuando estábamos principiándola se presentó en la poblacion el general Barradas con su division de 2,500 hombres, y ya se suspendió aquel acto que debió llevarse á efecto si el general d. Felipe de la Garza hubiera hostilizado al enemigo como le previne en su marcha de Altamira á Tampico, que no pudo menos que ser precipitada y en desórden, pues la verificó en menos de cuatro horas, siendo la distancia de cerca de ocho leguas, y hé aquí perdida la ocasion más bella para haber destruido de una vez ese nombrado *ejército de vanguardia.*

A pesar del corto número de las tropas de mi mando, me dispuse al combate contra toda la fuerza enemiga; mas el general español, sea que le sorprendiese el arrojo y decision de nuestros soldados, ó sea que aparentando hipócritamente un pundonor militar muy conforme á los principios que se propuso para alucinar, me invitó á una entre-

vista en medio de ambas fuerzas, á que accedí por el compromiso en que podia verse el honor nacional.

Toda ella se redujo á pedirme que le dejara libre su cuartel general, y me regresara al mio para entrar en contestaciones, pues su intención era evitar las desgracias de la guerra. Mi respuesta fué, que no me estaba permitido entablar negociaciones de ninguna especie, como no fuera sentando por base el reconocimiento de la independencia mexicana, y la evacuación de su territorio por las tropas españolas. Mas fueron tan reitiradas las súplicas del general Barradas para que volviese á mi cuartel de Pueblo-Viejo, que logré vender entonces como un favor singular lo que imperiosamente ecsigia mi situación comprometida, pues que en caso contrario hubiera tenido que luchar con 3.000 veteranos, y con 600 más que podian reunírsele del destacamento de la Barra, á la vez que ya he indicado á V. E. el corto número de los mios, cansados y fatigados de una lucha tan dilatada como espantosa.

En consecuencia aproveché ocasion tan oportuna para dejar bien puesto el honor de nuestras armas, y con tambor batiente y bandera desplegada atravesé las calles de la ciudad, casi en triunfo en medio de la fuerza enemiga y regresé á este cuartel general.

Nuestras ventajas por tal suceso son bien conocidas; se abatió el orgullo español: perdieron á Altamira que acababan de ocupar y cuyo triunfo estaban celebrando: sufrieron la pérdida de 82 hombres entre muertos y heridos, y conocieron en fin, que no pueden ya dar un paso adelante, y que no les queda otro recurso que fugarse á la Habana ó sepultarse en el corto recinto que pisan.

La pérdida por nuestra parte, consistió en 54 heridos y 17 muertos: entre los primeros, se cuenta el teniente coronel d. Lucio Lopez, el capitan del tercer batallon permanente d. José Garduño, subteniente de cazadores del segundo d. Manuel Diaz, y el voluntario d. Rafael Castillo; y

entre los segundos el teniente coronel d. Luciano Jáuregui y el primer ayudante d. Rafael Ortega, gefes dignos de que la nacion llore su muerte.

Por mi particular no tuve otra pérdida que *parte del cuello de mi casaca* que se llevó un pedazo de metralla de la que nos arrojaba continuamente la lancha cañonera, y el sombrero que me pasó una bala de fusil.

Juzgo inútil recomendar á la consideración del supremo gobierno el valor y decisión con que se manejaron los individuos de la división, pues émulos unos de otros, cada cual se disputaba el honor de morir gloriosamente ó vencer al enemigo. Desde el último soldado hasta el primer gefe que concurrieron á esta jornada, todos llenaron sus deberes á mi satisfaccion.

Sí creo de justicia recomendar á la alta consideración del mismo supremo gobierno á las familias de los que perecieron en la referida acción, por juzgarlas dignas del reconocimiento nacional.

Acompaño á V. E. cópia de la orden general que con tal motivo dí á la división de mi mando, y una insulsa proclama que se arrancó en una esquina de las calles de Tampico, del fraile Bringas, por la que verá V. E. la fatuidad de unos hombres alucinados á todas luces, y para que se digne elevarlo todo al conocimiento de S. E. el general presidente.

Dios y libertad. Cuartel general en Pueblo-Viejo de Tampico, agosto 24 de 1829, á las dos de la madrugada.—*Antonio Lopez de Santa Anna.*—Escmo. sr. secretario de estado y del despacho de guerra y marina.

PARTE DADO POR LOS ENEMIGOS[1]

Gobierno militar y político del cantón de Tamaulipas.—El 20 á las seis de la tarde avisé á V. E. por un estraordi-

1 Bajo este rubro aparece en "El Sol" el parte dado por el Coronel Salomón.

nario la aparicion del general Santa-Anna en Pueblo-Viejo; y le trasladé el aviso que me dió el coronel d. Antonio Vazquez, comandante de las fuerzas de la barra, por el que me anunciaba que las de Santa-Anna habian entrado en el espresado Pueblo-Viejo.

Segun indiqué á V. S. en dicho parte, tomé todas las medidas de precaución que ecsijian las circunstancias, *reconcentrando mis fuerzas en la plaza de la aduana*, y ocupando las bocas calles y azoteas mas elevadas. La fuerza que podia disponer consistia en menos de 200 hombres enfermos, convalecientes y cansados, á mas de 40 guias que llegaron aquella tarde del cuartel general de Altamira conduciendo reses vacunas, y la mayor parte de ellos estaban estropeados del cansancio y lastimados de las espinas de los montes.

Serian las doce de la noche cuando paseándome por la plaza con el comandante d. Ramon Maria Arroyo, oí tiros en la avanzada del camino de la Barra y despaché á ella un oficial con 40 hombres de refuerzo.

En menos de un cuarto de hora ocupó el enemigo toda la población de la plaza, y engrosado considerablemente, hacia un fuego muy vivo por todas las avenidas de ella. Continuó el fuego por una y otra parte hasta las dos; y advirtiendo el enemigo la resistencia que oponiamos á cuerpo descubierto en las calles y desde las azoteas, trató por tres ocasiones de forzar un ataque con la mayor parte de sus tropas para apoderarse de una pieza de á 16 que tenia colocada en una de las bocas calles: pero todos sus esfuerzos fueron vanos porque las cortas y valientes fuerzas que defendian aquel punto le opusieron resistencia más tenaz, hasta el estremo de atacarles á la bayoneta.

Advirtiendo que la idea del enemigo era la de ocupar á todo trance la plaza, y considerando muy débiles mis fuerzas para contrarrestar á 1,000 hombres que me atacaban, despaché á V. E. á las siete de la mañana un estraordinario dándole cuenta de mi crítica situación, y que me seria inevitable sucumbir si no se me socorria con prontitud.

Desde las dos de la mañana hasta el amanecer, continuó el fuego sin intermisión, tanto de la fusilería como de la lancha cañonera y pieza que tenia colocada en la anunciada boca calle. La claridad del dia me hizo reconocer las verdaderas posiciones de los enemigos, cuya gritería anunciaba el triunfo que se proponian conseguir. Eran las diez y media de la mañana y todavia continuaba el fuego con la mayor actividad. Las débiles y cortas fuerzas con que podia contar, estaban rendidas de fatiga y cansancio: eran muchos los heridos, habia boca calle que solo tenia diez ó doce hombres para su defensa; y me encontraba sin oficiales y sin reserva alguna para reforzar los puntos, ni con que rechazar al enemigo en el último apuro. El cañon de á 16 me era inútil porque habiendo sido muerto uno de los artilleros y heridos los restantes habia dos horas que no hacia uso de él. En circunstancias tan tristes, sin esperanzas de salvación, no me quedaba otro recurso que el de rendirme á discreción ó sepultarme en las ruinas del edificio mayor con los restos de la valiente tropa que mandaba; mas para emprender una operacion tan desesperada tenia que entregar al furor de los enemigos 200 enfermos y heridos que ocupaban dos edificios de la plaza.

En dicha hora recibí un parte del comandante d. Ramón Maria Arroyo que se hallaba en una de las azoteas mas elevadas de la plaza, por el que me avisaba que además de las fuerzas que nos atacaban, se divisaba una columna como de 500 hombres y alguna caballería que parecia se dirigian á la ciudad, y que aun continuaban su desembarco. En tan triste apuro, y en duda de si V. S. habria ó no recibido mi parte, de si habria ó nó oido el fuego á distancia de siete leguas, y si podria ser socorrido á tiempo, dispuse que el alferez d. Mariano Pelza acompañado de un corneta pasase á donde se hallaba el comandante Arroyo, y le dijese que si en

efecto era cierto el número de la fuerza de la columna de los enemigos que marchaban sobre la ciudad, esperase á que estuviera bien prócsima y mandase arbolar una bandera blanca y tocar llamada al corneta.

Con efecto, como al cuarto de hora ví la bandera blanca y mandé cesar el fuego en todos los puntos. *Mi objeto era ver si podia entretener al enemigo por algunas horas con una suspension de armas* para socorrer, curar y alimentar á los enfermos y heridos; y *dar tiempo á que V. E. llegase con la division.* Terminó tambien el fuego de los enemigos y acompañado de d. Eugenio Aviraneta, secretario político de la división, tuvimos una entrevista con el general disidente d. Antonio Lopez de Santa-Anna. Mi demanda se limitó á pedir una suspension de hostilidades por algunas horas con el objeto que queda anteriormente indicado. Santa-Anna pretendia que capitulásemos bajo la base de que seriamos conducidos á la Habana á costa del gobierno con armas y equipajes. Se le respondió con arrogancia que teniamos suficientes fuerzas y víveres para resistir veinte dias á las suyas, y que primero seguiriamos el ejemplo de Sagunto y Numancia, sepultándonos bajo las ruinas, que rendir las armas. Viendo el general enemigo esta constancia, eludió la cuestion y ensayó otra sobre puntos políticos, y un plan en mayor que se reducia á tener una entrevista con V. S., para lo cual pasaria el secretario político con un ayudante de Santa-Anna al cuartel general de Altamira, suspendiéndose entre tanto toda hostilidad hasta la resolucion de V. S. En el propio acto se presentó un oficial enemigo avisando que la division de V. S. estaba muy inmediata á esta ciudad y de lo que aconteció posteriormente, está V. S. instruido.

Me resta ahora decir á V. S. que la resistencia que ha hecho la tropa de mi mando en el dia de ayer y noche anterior, es de las mas heróicas que pueden contarse en los anales de la historia, atendiendo al número y clase de individuos

que quedan espresados al principio de este parte hubo rasgos de heroicidad, constancia y valor en los individuos de toda clase, sin esceptuar uno solo; como los empleados del ramo político de hacienda, medicina y cirujia, en términos que no me atrevo á recomendar á V. S. á ninguno en particular, porque en general todos son dignos de la gratitud del soberano, á quien tienen el honor de servir.

Los enemigos han tenido gran pérdida, entre la cual se cuenta el coronel Jáuregui que fue muerto, y heridos tres tenientes coroneles con otros muchos oficiales. La nuestra ha consistido en un oficial muerto, un gefe y tres oficiales heridos; el primero era el subteniente d. José Dominguez, y los restantes el comandante d. Ramon Arroyo, el capitán de caballeria graduado de teniente coronel d. Manuel Ruiz Casado, el capitán de la misma arma de guias d. Martin de Arritola; y contusos el capitán de la compañia d. Faustino Rodriguez y el teniente graduado de capitán d. Antonio Gonzalez; y de tropa siete muertos y treinta y siete heridos, en los cuales se cuenta un marinero muerto y otro herido de la lancha cañonera.

Dios guarde á V. S. muchos años. Tampico de Tamaulipas, 22 de agosto de 1829.—*Miguel Salomon.*—Sr. brigadier d. Isidro Barradas, comandante general de la división de vanguardia del ejército real. [1]

Disposiciones de Santa-Anna.

Ejército de operaciones.—Escmo. sr.—Despues del parte que dí á V. E. con fecha 24 del prócsimo pasado, de la acción gloriosa y ventajas que consiguieron nuestras tropas

1 Santa-Anna en sus "Memorias" confiesa ya que atacó á Tampico con mil hombres y dice hablando de Salomón: "acomidiose á hacerme *necias* preguntas."—Precisamente lo necio de las preguntas comprueba la afirmación del "Parte de Salomón" de que trataba de ganar tiempo para dar lugar á que llegase Barradas en su auxilio.

sobre los invasores, no ha ocurrido ningun suceso estraordinario digno del conocimiento de S. E. el general presidente.

Como dije á V. E. en mi citado parte, el general Barradas abandonó precipitadamente la ciudad de Altamira para aucsiliar su cuartel general, que por poco encuentra en nuestro poder, dejando abandonada su artilleria, algún armamento de sus enfermos, y hasta las ollas de los ranchos: y que desde aquella fecha se conserva en su mismo cuartel general de la ciudad de Tamaulipas sin atreverse á menear un hombre, ni á dar un paso fuera de sus atrincheramientos. Tiene ademas un fortín que situaron en la barra en la otra parte del rio, el que mantiene guarnecido con 600 hombres y artillado con todas las piezas de grueso calibre que abandonaron las tropas que habia en este punto: con esto han asegurado aquel puerto. El citado fortin ya estaba construido á mi llegada á este cuartel general, pues como los enemigos no fueron hostilizados en las posiciones que se conservan, tuvieron suficiente lugar para fortificarse del modo que mejor les *pareció*.

En estos dias que han mediado, ha solicitado el general español con demasiado empeño tener una entrevista conmigo, como ya lo he comunicado á V. E.; mas me he negado á ella abiertamente, pretestando que el gobierno no habia aprobado la que tuvo con él el general Garza, y que no admite entrevista ni proposiciones que no lleve por únicas bases el reconocimiento de la independencia mexicana y la evacuación pronta por las tropas españolas del territorio de la república. Lo mismo estoy dispuesto á repetirle, porque lo creo conveniente al interés y decoro nacional, y porque me repugna naturalmente entrar en contestaciones con los encarnizados enemigos de nuestra independencia, á quienes solo deseo batir y humillar en el campo de batalla, para que ellos y el mundo entero conozcan que no es dado á poder humano robar su libertad á hombres que han conocido

sus derechos, y que poseen corazón y virtudes para defenderlos.

He nombrado segundo general en gefe al sr. general de brigada. d. Manuel de Mier y Terán, por considerarlo asi conveniente al mejor servicio, de cuya providencia tengo dado parte á V. E. para que S. E. el presidente se digne aprobarlo. También nombré á dicho sr. general comandante de la división del sr. Garza, por haberlo comisionado para que pase á esa capital cerca de S. E. el presidente y evacue varios asuntos relativos al mejor servicio de la pátria. He ordenado al sr. general Terán que fortifique la ciudad de Altamira, y en efecto se ha ejecutado: tambien he mandado se provea de víveres y se reunan alli las tropas de la división del sr. general d. Zenón Fernandez.

Al general Velazquez he repetido mis órdenes para que force sus marchas con la división de su mando, y espero llegue muy pronto á este cuartel general.

He oficiado á los escmos. sres. gobernadores de los estados limítrofes, para que aucsilien con lo que puedan á nuestras tropas, y no dudo de su amor pátrio que lo harán con la brevedad que el caso ecsige.

Yo quisiera, escmo. sr., activar las operaciones, pero no es posible por mas que me esfuerzo: no puedo hacer volar las tropas que vienen en camino, ni los cañones ni municiones que he pedido: tampoco puedo abreviar los trabajos de fortificación, y cuantos mas se están emprendiendo, porque de todo se carece en este desierto. Sin embargo, se trabaja de dia y de noche, y nadie descansa: el enemigo mismo parece espantado al ver por sus ojos lo que se hace.

Por último, al poner V. E. en el conocimiento de S. E. el general presidente lo espuesto, sírvase asegurarle que los enemigos no saldrán una línea de los puntos que ocupan: que si tal hicieren serán destruidos en momentos: que no tomarán del pais ni un solo grano de semillas, ni una sola res; y que aunque les venga de la Habana algun refuerzo,

no mejorarán por eso de condición, ni harán otra cosa que aumentar el número de muertos y prisioneros, el dia del completo triunfo de las armas mexicanas, que puede asegurarse no está lejos.

Dios y libertad. Cuartel general en Pueblo-Viejo de Tampico, Septiembre 1º de 1829.—*Antonio Lopez de Santa-Anna.*—Escmo. sr. secretario de estado y del despacho de guerra y marina.

Captura de una Balandra española.

«Ejército de Operaciones,»—Escmo. sr. El dia 2 del corriente pasé en persona á ecsaminar el fortín que los enemigos tienen construido en la Barra de Tamaulipas, y me impuse bien de cuanto deseaba, no obstante sus fuegos que fueron continuados á metralla, desde que me observaron hasta que me les perdí de vista. La fortificación indicada está construida bajo las reglas del arte, y les proporciona seguridad. Está artillado con 4 piezas de grueso calibre, y guarnecido por unos 500 soldados.

Bajo los fuegos del citado fortín estaba fondeada la balandra que de Tecolutla trajo el español Vicente Reus, segun he participado á V. E. en mi nota del 29 del pasado, y desde luego formé el proyecto de sorprenderla y hacerme de ella á toda costa, y evitar el perjuicio que el enemigo nos haria si acababa de armarla.

En consecuencia dispuse que la noche del dia 3 salieran al mencionado rio las cuatro lanchas que hice venir de Pánuco, y de que tambien he dado á V. E. conocimiento, y guarnecidas con cuarenta hombres del bizarro batallon 3º permanente, las puse á las órdenes del sr. coronel d. Carlos Beneski de Beaunfort, previniéndole que la abordase y condujera al fortín que he construido en el sitio nombrado las Piedras.

La empresa tuvo el feliz resultado que me propuse, y los pormenores los verá V. E. en el parte original que le acompaño para que se sirva elevarlo al supremo conocimiento de S. E. el general presidente.

Al congratularme con V. E. por este feliz suceso, no puedo menos que recomendar, como lo hago, la conducta intrépida del coronel Beneski y su buena disposición por el servicio de la república, en vista de lo cual lo he restituido al empleo que disfrutaba en la república, á nombre del gobierno y hasta su aprobación superior, cuya disposición me prometo será de su agrado; la del teniente coronel Stáboli y la del teniente d. Francisco de Paula Tamariz, que, como verá V. E. por el parte, fué el primero que puso el pie en la referida balandra antes que ningun otro.

Dios y libertad. Cuartel general en Pueblo-Viejo, septiembre 6 de 1829.—*Antonio Lopez de Santa-Anna.*—Escmo. sr. secretario de estado y del despacho de guerra y marina.

Escmo. sr.—Inmediatamente que recibí las órdenes de V. E., me embarqué con los cuarenta hombres del tercer batallón permanente á las once de la noche en las cuatro lanchas que V. E. había dispuesto para que sorprendiéramos la balandra enemiga. El teniente coronel Stáboli fue con las dos lanchas de retaguardia y á aquella hora marchamos sobre el enemigo, siguiendo en todo las instrucciones que V. E. me había dado.

Como teníamos necesidad de pasar á corta distancia de las avanzadas enemigas, y observando que se estaba formando un chubasco por la parte del fortín del enemigo, dí orden para que levantasen los remos é ir con el mayor silencio, y para aprovecharme á la vez del mismo chubasco, porque hasta aquella hora la noche aparecía demasiadamente clara para una sorpresa de tal naturaleza.